

mismos parciales reconocen alguno de santidad sobresaliente. Uno, ó otro, que se quisieron meter á Profetas, fueron la risa de los pueblos al ver falsificadas sus profecías, como sucedió en nuestros tiempos á Mons. Jurieu, cuyas erradas predicciones aun hoy son oprobrio de los Protestantes. La segunda excepcion es, que entre esos mismos hereges doctos falta el consentimiento: *Unusquisque in viam suam declinavit*. Tan lexovan de estar unos con otros de acuerdo, que ni aun lo está alguno de ellos consigo mismo. Es materia de lástima, y de risa ver en sus propios escritos las frecuentes contradicciones de los mayores hombres que han tenido; y esto en los artículos mas substanciales. Este fue el grande argumento con que azotó terriblemente á todos los hereges el insigne Obispo Meldense Jacobo Benigno Bosuet, en su historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes. Duélome mucho de que esta maravillosa obra no esté traducida en todas las lenguas Europeas; pues ni aun sé que haya salido hasta ahora de el Idioma Frances al Latino, quando otros libros inútiles, y aun nocivos, hallan traductores en todas las naciones.

25 No obstante todo lo dicho en este capítulo, concluiré señalando dos sentidos, en los cuales únicamente, y no en otro alguno, tiene verdad la máxima de que la voz de el pueblo es voz de Dios. El primero es, tomando por voz de el pueblo el unánime consentimiento de todo el pueblo de Dios: esto es, de la Iglesia universal; la qual es cierto no puede errar en las materias de Fé, no por imposibilidad antecedente, que se siga á la naturaleza de las cosas, sí por la promesa que Christo la hizo de su continua asistencia, y de la de el Espíritu Santo en ella. Dixe *todo el pueblo de Dios*, porque una gran parte de la Iglesia puede errar, y de hecho erró en el gran cisma de el Occidente; pues los Reynos de Francia, Castilla, Aragon, y Escocia tenían por legítimo Papa á Clemente VII. El

resto de la Christiandad adoraba á Urbano VI, y de los dos partidos es evidente que alguno erraba. Prueba concluyente de que dentro de la misma Christiandad puede errar en cosas muy substanciales, no solo algun pueblo grande, pero aun la coleccion de muchos pueblos, y Coronas.

26 El segundo sentido verdadero de aquella máxima es, tomando por voz de el pueblo la de todo el género humano. Es por lo menos moralmente imposible que todas las naciones de el mundo convengan en algun error. Y así el consentimiento de toda la tierra en creer la existencia de Dios, se tiene entre los doctos por una de las pruebas concluyentes de este artículo.

---

## VIRTUD , Y VICIO.

---

### DISCURSO SEGUNDO.

#### §. I.

1 Cada mortal (decia Filon, citado por S. Ambrosio (a)) tiene dentro de el domicilio de la alma dos mugeres: la una honesta, pero áspera, y desabrida: la otra impúdica, pero dulce, y amorosa. Aquella es la virtud; esta la delicia mundana.

2 Pintó el sabio Judío la virtud y el vicio segun la primera apariencia, ó segun la opinion de el mundo, mas no segun la verdad. Es así que comunmente se concibe la virtud toda asperezas, el vicio todo dulzuras; la virtud metida entre espinas, el vicio reposando en lecho de flores. Pero este es un error, y el error mas nocivo entre quantas falsas opiniones sustenta la

B 2

ce

(a) *Lib. I. de Cain, & Abel, cap. 4.*

ceguera del mundo. Tentaré en este discurso su desengaño, mostrando que aun en esta vida, prescindiendo de el premio, y castigo de la otra, es mucho mas molesto, y trabajoso el abandono á los deleites, que la práctica de las virtudes morales, y christianas. Para esto me serviré de aquellos argumentos, que ofrecen la razon natural, y la experiencia, tomando poco, ó nada de las sentencias de Padres, y dichos de Filósofos, de que se pudiera amontonar infinito; porque á quien no persuadieren la experiencia, y la razon, no ha de convencer la autoridad.

3 Si pudiésemos ver los corazones de los hombres entregados al vicio, presto se quitaria la duda. Mas por reflexion podremos verlos en los espejos de las almas, que son semblantes, palabras, y acciones. Atiéndase bien á estos infelices, y se hallará que ninguno otro iguala la turbacion de sus semblantes, la inquietud de sus acciones, la desazon de sus palabras. No hay que estrañar: son muchos los torcedores, que los están conturbando en el gocé de sus adorados placeres. Su propia conciencia, doméstico enemigo, huesped inevitable, pero ingrato, les está continuamente mezclando con el néctar que beben; el azibar que abominan.

4 Con enérgica propiedad dixo Tulio, que las culpas de los impíos, representadas en su imaginacion, son para ellos contintas, y domésticas furias: *Hæ sunt impiis assidue, domesticæque furia* (a). Estas son las Serpientes, ó los Buytres que despedazan las entrañas de el malvado Ticio: estas las Aguilas, que rasgan el corazon de el atrevido Prometheo. Considérense los tormentos de un Caín, fugitivo de todos, y aun, si pudiese, de sí mismo, errante por montes, y selvas, sin poder jamas arrancar la flecha que le atravesaba el pecho; esto es, la memoria de su delito, como la otra herida Cierva, en quien figuró el gran Poeta la mortal

(a) *Orat. pro Rosc.*

tal inquietud de aquella Reyna enamorada.

..... *Silvas saltusque peragrat*

*Distæos, hæret lateri læthalis arundo.*

5 Contempléense las angustias de un Lamech, tan violentamente acosado de la representacion de el homicidio, ó homicidios que habia cometido, que faltándole tolerancia para ser único depositario de el secreto, le arroja por la boca, como quien vomita la ponzoña que le atosiga, arriesgándose á la infamia, y al castigo, solo por lograr algun leve descanso. De un cierto Apolodoro refiere Plutarco, que no dexándole aun entre sueños la memoria de sus crímenes, todas las noches soñaba que despues de hacerle quartos, en agua hirviendo le iban liquidando los miembros; y que mientras duraba este martyrio, le decia su propio corazon á gritos: *Ego tibi horum sum causa*: Yo te soy la causa, y motivo de estos tormentos (a).

§. II.

6 **E**S verdad, yo lo confieso, que no todos son tan sensibles á los remordimientos interiores; y aun hay conciencias cauterizadas (usando de la frase de S. Pablo) que perdieron todo el sentimiento, porque la larga costumbre de pecar convirtió los corazones en pedernales.

*Sic læthalis hyems paulatim in pectora venit.*

7 ¡O hombres los mas desdichados de todos! Esta dureza de pecho es scirro de el alma, para quien solo apelando á milagros, hay medicina. Pero por lo menos, mientras dura esta vida mortal, lo pasarán con gusto, y alegría. ¡O cuánto se engaña quien lo piensa! Estos son los que viven con mas trabajo. Veámoslo, discurrendo por los tres vicios, en cuyos quarteles se distribuyen casi todos los malos; Ambicion, Avaricia, y Luxuria.

*Tom. I. del Teatro.*

B3

El

(a) *Lib. de sera. Numinis vindicta.*

8 El ambicioso es un esclavo de todo el mundo: de el Príncipe, porque conceda el empleo: de el válido, porque interceda: de los demas, porque no estorben. Tiene la alma, y el cuerpo en continuo movimiento, porque es menester no perder instante. A todos teme, porque ninguno hay que con una acusacion no pueda desvanecer toda su solicitud. ¡O cuánto forceja con su semblante, porque muestre agrado á los mismos á quienes profesa mortal odio! ¡Cuánto trabajo le cuesta reprimir todas aquellas inclinaciones viciosas, que pueden dificultar sus medras! De la pasion dominante son víctimas todas las demas pasiones; y el vicio de la ambicion, como tyrano dueño, sobre atormentarle por sí mismo, le prohíbe todos aquellos gustos á que le lleva el deseo. Vé al que va á la comedia, al que logra el paseo honesto, al que asiste al banquete, al que goza el sarao. Todo lo vé, y todo lo envidia; pero los apetitos estan en él, aunque furiosos, aprisionados, como los vientos en la carcel de Eolo (a):

*Illi indignantes magno cum murmure montis.*

*Circum claustra fremunt.*

9 Logrado el puesto no se minora la ansia, solo muda de objeto, porque se traslada la mira al ascenso inmediato, añadiendo el cuidado de no perder el que ha conseguido. Ya se puso en una escalera, donde ni puede subir sin fatiga, ni detenerse sin molestia, ni retroceder sin precipicio. Ya se ataron las inclinaciones viciosas con mas fuertes vínculos, creciendo la razon de tener la rienda tirante á sus deseos depravados. Solicítale la codicia, instígale la gula, abrásale la incontinencia; pero aunque reluctante, obedece á la pasion, que

(a) Lo que dice Comines de Carlos el Atrevido, Duque de Borgoña, de que este Príncipe no tuvo un dia bueno en todo el resto de su vida, desde que se le puso en la cabeza hacerse mas grande de lo que era, es admirable para dar á conocer la trabajosa vida que pasan los ambiciosos.

que despótica le domina. Arde por oprimir con una sentencia iniqua á aquel hombre que aborrece. ¡Pero ay, si esto llega á Tribunal superior, ó al Príncipe mismo! Ama el ocio; pero si se nota su inaplicacion, va todo perdido. Siempre está temblando una mudanza de gobierno, que le dexa en la calle; y no lee alguna vez la gaceta, sin el susto de que le noticie estar muerto el patrono que le da la mano. ¡Hay vida mas mísera?

10 El avaro ya se sabe que es un martyr de el demonio, ó un anacoreta, que con su abstinencia, y su retiro hace méritos para ir al Infierno. El corazon, partido entre los dos deseos de conservar, y adquirir, padece una continua fiebre, mezclada con un mortal frio; pues se abrasa con la ansia de conseguir lo ageno, y tiembla con el susto de perder lo propio. Tiene hambre, y no come; tiene sed, y no bebe; tiene necesidad, y no reposa: jamas se ve libre de sobresaltos. Ningun raton se mueve en el silencio de la noche, que con el ruido no le dé especie de ser un ladron que le escala. Ningun viento sopla, que en su imaginacion no amenace naufragio al Navio que tiene puesto en comercio. Ninguna guerra se suscita, que no considere ya á los enemigos talando sus tierras. Qualquier rencilla de particulares, dentro de su idea viene á parar en popular tumulto, que lleva á saco el caudal. No hay nubecilla, que no imagine tempestuosa para sus viñas, y mieses. No hay intemperie, que no amague corrupcion á lo que tiene recogido en las troxes. ¡Qué angustias tan graves, quando teniendo muchos que vender, se baxa el precio á los frutos! Siempre acosado de pavores, anda meditando nuevos escondijos mas seguros donde retirar el dinero, de modo que ni los Angeles supiesen de él, ni aun Dios, si fuese posible. Freqüentemente le visita asustado, y dudoso de hallar el dinero en el escondijo, aunque siempre cierto de encontrar el corazon en el dinero. Con inquietud ansiosa le mira: tal vez no se atreve á tocarle, rezeloso de que

se le haga ceniza entre las manos. Así pasa sus días, pingüe de bienes, y martyrizado de temores, para llegar á la hora fatal, como el Rey Agag al suplicio: *Pinguissimus, & tremens*. ¿Hay vida mas desdichada?

11 ¿Acaso en el lascivo hallaremos mas descanso? Ninguno carga con mayor fatiga. Si la baxeza de el pensamiento, ó la villanía de el apetito, le determinan á deleites venales, luego se viene á los ojos el detrimento en las tres cosas mas apreciables de esta vida, honra, salud, y hacienda. De charco en charco va saciando su sed, hasta que alguna agua insecta le apesta toda la sangre, poniéndole á riesgo la vida, ó haciéndole la restauracion muy costosa. Aunque mejore en la salud, queda achacosa de por vida la reputacion. Y si es verdad que aquella medicina, á quien debió su restablecimiento, irrita mas el apetito, para caer por medio de nuevos excesos en nueva enfermedad, y en nueva cura; ¿qué desdicha es, que el fuego de la incontinencia, en vez de extinguirse, se vaya avivando con la edad, para arder violento aun en las cenizas de la vejez?

12 Mas si el resplandor de su fortuna, ó el mérito de la persona, levantan sus deseos á objetos de otra esfera, evitará parte de los inconvenientes apuntados, para incurrir en otros mayores, que es lo mismo que caer en Scyla, huyendo de Carybdis. Semejantes empeños estan sembrados de sustos, inquietudes, y peligros. ¿Qué afán mientras dura la pretension! Buscan los ojos el sueño, y no le encuentran; porque (como experimentaba Jacob, aunque amante honesto) anda de ellos fugitivo. Busca el corazon reposo, y no le halla. De este modo concibe primero dolor, para producir despues la maldad. Vacilante entre los medios de lograr el designio, todos se aprueban, y todos se repudian: *Incertæ tanta est discordia mentis*. Tiembla al pensar en la posibilidad de la repulsa. El amor le arrastra: el temor le detiene. Todo el camino de la preten-

sion

sion ve lleno de riesgos, los quales, en llegando á la posesion, se multiplican. El ofendido suele ser mas de uno, los lances muchos; y es moralmente imposible que entantos pasos no se haga algun ruido con que despierte la sospecha, para que al fin acierte con la verdad el cuidado. Lograda la empresa, no hay insulto que carezca de sobresalto. ¿Qué placer sincero tendrá un hombre quando no puede prescindir los gustos de los riesgos? No hará movimiento alguno ácia el delito, en que no se le represente el agraviado con un puñal, ó una pistola en la mano. Este peligro siempre le va siguiendo á qualquiera parte que vaya. Y este es puntualmente aquel infeliz estado de tener como pendiente delante de los ojos la propia vida con un continuado temor de perderla, que Dios intimó á su pueblo como una maldicion terrible: *Et erit vita tua quasi pendens ante te. Timebis nocte, & die, & non credes vitæ tuæ*.

13 Pero consiento en que haya circunstancias en que carezca de estos temores. No por eso le faltarán gravísimos disgustos. Si tras de el logro de el apetito entra el tedio, como sucedió á Amnon con Thamar, y como sucede de ordinario, ve aquí contrahida una obligacion de por vida, por una delicia instantanea. Si se resuelve á romper el lazo, se expone á las iras de una muger abandonada, á quien el desprecio, ó enfurece el amor, ó el odio; siendo uno, y otro igualmente peligroso. Si permanece en su criminal afecto, mucho mayor es la impaciencia de no gozar con libertad lo que ama, que la complacencia en el deleite que furtivamente usurpa; y especialmente si el objeto es poseído de legítimo dueño, no puede menos de roerle las entrañas una envidia rabiosa. ¿Pues qué si llega el caso de unos zelos? Bien saben los que han experimentado el rigor de estas furias, cuánto excede al placer de los mas íntimos deleites, y que contrapesa un día solo de este infierno á años enteros de aquella menti-

da

da gloria. Considérese todo lo dicho, y respóndaseme despues si se puede discurrir estado mas infeliz. Augustino, que tanto tiempo se vió enredado en el laberinto de los tres vicios expresados, es buen testigo de que el plato que presentan al apetito, está relleno de hieles. Oíganse sus palabras, hablando con Dios, en el libro sexto de sus Confesiones: *Inbiabam honoribus, lucris, conjugio, & tu irredebatur: patiebar in eis cupiditatibus amarissimas difficultates.*

## §. III.

14 **N**I hay que pensar que aun aquellos pocos hombres, en quienes, respecto de los demas, es ley el antojo, para cuya libertad no hay rienda alguna, esto es los Soberanos, surquen el piélago de el vicio sin tormenta alguna. Tambien para estos la agua de ese mar es sobradamente amarga. Neron fue deidad de la tierra; conviene á saber, dueño de todo el Imperio Romano. Soltó la rienda con la mayor largueza imaginable á todas sus perversas inclinaciones, y sus inclinaciones eran decretos irrefragables. No le afligia la carga de el gobierno; porque bien lexos de tener el Principado sobre los hombros, como para exemplo de los demas tuvo el mejor de todos los Príncipes, le puso debaxo de los pies. Todo el mundo obedecia al cetro, y el cetro servia al apetito. Poseía quanto amaba, mataba quanto aborrecia. El amor tenia en sus manos el logro, y el odio en las suyas el cuchillo. No pudo llegar á mas horrible extravagancia uno, y otro afecto, que á complacerse su crueldad en el incendio de Roma; y su torpeza en las indignidades de el otro sexó. Todo lo consiguió para oprobrio de los hombres aquel monstruo de maldades.

15 ¿Quién creerá que este Príncipe, de cuyo alvedrio era esclavo el Orbe, no gozase una vida alegre? Pues tanto distó de él esa dicha, que como testifica Tácito, siempre estaba poseído de terrores: *Facinorum*

re-

*recordatione numquam timore vacuus.* Y Suetonio añade, que no pudiendo reposar de noche, andaba dando vueltas, como aturdido, por los salones de su Palacio.

16 Tiberio fue igual á Neron en el dominio, y poco inferior en la maldad. Con todo vivia tan inquieto, y turbado, que no podia menos de explicar en gemidos, y palabras sus dolores, para aliviar algo el corazon de la opresion de las angustias. Así lo afirma el mismo Tácito: *Tiberium non fortuna, non solitudines protegebant, quin tormenta pectoris, suasque ipse penas fateretur.* Y poco antes, refiriendo un doloroso gemido suyo en cierta carta escrita al Senado, dice que sus propios delitos se habian transformado, para atormentarle, en verdugos: *Adeo facinora, atque flagitia ipsi quoque in supplicium verterant.*

17 Estas angustias de los Príncipes malos, por la mayor parte dependen de que viéndose aborrecidos de todos, siempre estan con el susto de una conspiracion. Consideran que entre tantos como les desean la muerte, no faltarán algunos que tengan osadía para ejecutarla; y así no pueden en todas sus delicias lograr mas placer que el que tuviera con una dulce música el reo que está esperando la fatal sentencia. Por eso Dionysio, Tyrano de Sicilia, desengañó oportunamente al otro, envidioso de su felicidad, haciéndole sentar á un espléndido banquete debaxo de la punta de una espada, que pendia de fragil hilo sobre su cuello, y dándole á conocer, que ese puntualmente era el estado en que le tenia su fortuna.

18 Sobre esta congoja, que es transcendente á todos los tyranos, á ningun Príncipe, por feliz que sea, le faltan gravísimos disgustos. Alexandro está lleno de gloria, y se aflige porque falta un Homero que le celebre. Lisonjéale á Augusto constante la fortuna; y porque se descuida una vez sola con las Legiones de Alemania, pasa mucho tiempo dando gritos de dia, y de noche, como un loco. Apacienta Calígula su sa-

ña

ña en tanta sangre vertida, y se lastíma de que no esten todas las cabezas de el Pueblo Romano sobre un cuello, para echarlas á tierra de un golpe. El ambicioso gime, porque no puede hacerse dueño de todo el mundo. El codicioso, porque no puede meter en su erario los tesoros de otros Reynos. El vengativo, porque no puede destruir al Príncipe confinante, que le ha ofendido. El lascivo, porque no falta en su imaginacion algun objeto extraño, esento de la jurisdiccion de su antojo. Así se mezclan amarguísimas aflicciones en las mas esclarecidas fortunas.

## §. IV.

19 **T**AN cierta es, y tan general aquella senténcia, que pone la Sabiduría en las bocas de todos los impíos, quando llegan á la region de el desengaño: *Lassati sumus in via iniquitatis, & perditionis, & ambulavimus vias difficiles.* ¡O cuánto nos hemos fatigado en el camino de la perdicion! No fue descanso el nuestro, sino cansera: no delicia, sino congoja. ¡Ay de nosotros, que hemos continuado la carrera de la vida, no por deliciosos jardines, ó amenas florestas, sí por ásperas breñas, y sendas intrincadas! Esto dicen todos los condenados: *Talia dixerunt in inferno hi, qui peccaverunt.* Todos? Sí: todos lo dicen; y dicen la verdad. Todos los pecadores tienen su infierno pequeño en este mundo. Todos caminan por la aspereza para el precipio. Todos beben las heces de aquel caliz, que David pinta en la mano del Señor: *Calix in manu Domini vini meri plenus mixto: & inclinavit ex hoc in hoc, veruntamen fœx ejus non est exinanita, bibent omnes peccatores terræ.* Y es preciso que sea así; porque segun la mas recta inteligencia, el vino puro es para los Santos en la patria, donde es puro el gozo; el mezclado es para los Justos en la tierra, donde se les mezcla la tribulacion con el deleite: con que á los pecadores, aun en esta vida no les quedan sino amargas, y pesadas

das heces. Estas beben todos: *Omnes.* Todos sin reservar alguno, ni aun de aquellos que parecen colmados de dichas.

20 Para cuya clara inteligencia, y para apretar mas el argumento que tratamos, se debe advertir que hay en esta vida mortal una afliccion gravísima, la qual siendo propia de todos, y solo de los pecadores, aun es mas propia de los que parecen mas felices. Esta consiste en la consideracion de la muerte. No hay duda que todo viviente tiene horror á aquel trance fatal, y se contrista naturalmente quando le ocurre que es preciso pasar por él; pero mucho mas sin comparacion aquel, que desfrutando todos los regalos de la fortuna, tiene puesta en ellos toda su dicha. Contéplese un hombre rico, poderoso, respetado, obedecido, á quien nada falta, ni para la conveniencia, ni para el deleite, y por mas vago que tenga el apetito, nada niega la fortuna á su deseo. Este, quando piensa en que ha de morir (y piensa muchas veces sin poder remediarlo), no puede menos de afligirse extremadamente. La consideracion de la muerte, á quien no aprovecha para la enmienda, solo sirve de tortura. Demos que sea un resuelto Ateísta, tan ciego que ni aun duda le quede de la inmortalidad de la alma, y que por consiguiente no le dé la menor pena la suerte de la otra vida. Por lo menos considera en la muerte un desapiadado, y feroz tyrano, que le ha de despojar de quanto tiene, y de quanto ama. La hacienda que posee, el banquete en que se regala, la caza en que se entretiene, la música que le deleita, la concubina á quien adora, todo se ha de perder de un golpe para no recobrarlo jamas. Quanto mayores placeres goce, tanto será mas triste esta consideracion. El desdichado, ultrajado de la suerte, y aun el que está constituido en mediana fortuna, tienen el leve consuelo de que la muerte les ha de quitar muchos pesares. Pero qué consuelo tendrá el que ve que solo le ha de robar delicias? Para

todos es la muerte terrible : para este terrible. Todos aman con intensísimo ardor la propia felicidad , y á proporcion de el ardor con que se ama , es el dolor con que se pierde. Este hombre , pues , que juzga haber llegado al colmo de la dicha , ni conoce otra que la que posee ; ¿ con cuánta angustia estará viendo que toda , sin reservar nada , la ha de perder en un dia?

21 Esta inevitable melancolía en qualquiera hombre , á quien alhaga la fortuna , se aumenta mucho quando empieza á declinar algo la edad. La vida , verdaderamente desde la edad consistente en adelante , no es mas que una enfermedad crónica , que va disponiendo para la muerte , ó , por decirlo mejor , es la misma muerte inchoada. En llegando aquí el poderoso , en las fuerzas , que va perdiendo , en las dolencias , que va cobrando , tiene un continuado aviso , de que poco á poco se le va desmoronando con el domicilio de la vida el templo de la fortuna. A esto , repasa uno por uno con el pensamiento todos los deleites que goza , todas las prendas que ama , y cada una le arranca de el corazón un gemido , con la reflexion de que se va acercando el tiempo de la despedida dolorosa. Vuelve á dar otra ojeada á la muerte , y casi con las palabras de aquel desdichado Rey , oprimido de dolor , prorumpo contra ella con una sentida queja , no tanto de que le haya de cortar el hilo de la vida , quanto de que le haya de separar para una eterna ausencia de quanto estima , y adora : *Siccine separat amara mors !* ; O pecadores , á quienes llama el mundo felices ! ¿ esto es vivir ? Desengáñese el mundo , que vosotros sois los que cargais con quanto tiene de mas duro , y pesado la mortalidad. Todo vuestro descanso es fatiga , toda vuestra delicia es angustia , todo vuestro nectar es ponzoña.

22 Y pues no podeis menos de conocerlo , oid ahora , para vuestro consuelo , y utilidad , la mas dulce , y sonora voz , que por órgano divino se esparció á todo el ámbito de el mundo. Oid , que con vosotros habla :

oid,

oid , y aprovechaos : *Venite ad me omnes , qui laboratis , & onerati estis , & ego reficiam vos.* Venid á mí los que trabajais , y estais cargados de afanes , que yo os aliviare. Estas palabras es cierto que llaman á los pecadores , que son los que estan distantes de Christo. Luego estos son los que pasan una vida trabajosa. Convidalos á que se acerquen á él ; esto es , que abracen la virtud : luego los virtuosos son los que gozan de descanso , y alivio. Veis aquí que es sentencia evangélica una , y otra parte del asunto que voy probando.

## §. V.

23 **M**AS pues he demostrado la primera parte con la razon natural , y con la experiencia , hare lo mismo con la segunda. Y lo primero debo confesar , que los principios de la virtud son trabajosos : *Ardua prima via est* ; especialmente en aquellos que estuvieron largo tiempo debaxo de el dominio de sus pasiones. Los hábitos viciosos son unos enemigos , que á los primeros combates hacen cruelísima guerra ; pero sus fuerzas se van debilitando mas cada dia , y aun tal vez por un milagro de la gracia son postrados enteramente al primer choque. La salida que hace el vicioso de el pecado , es en un todo semejante á la fuga que executaron los Hebreos de Egypto. ¿ Qué afligidos los pobres , quando con el Mar Bermejo á la frente vieron el Ejército Gitano á la espalda ! Qué orgullosos los Egypcios ! Qué débiles los Hebreos ! Ya tratan estos de rendirse , quando esforzando la voz de Moysés al Pueblo : Ea Israël , le dice , entra el pie osado en el golfo , que Dios está empeñado en tu defensa. Obedecen , y al tocar la arena se desvia la agua. De tropel se arrojan á ellos las tropas de Faraon. ¿ O cuánta soberbia en los Gitanos ! Qué tanto miedo en los Hebreos ! Con todo , temblando caminan hasta tocar la orilla opuesta ; y al llegar á ella , volviendo atrás los ojos , ven sepultarse en las ondas sus enemigos. Convierte-

se

se en placer el pesar, y en cánticos los gemidos.

24 No es de otro modo la fuga que hace el pecador de el vicio. Egypto es el estado de la culpa. Los enemigos, que siguen al pecador fugitivo, son las inclinaciones viciosas; de quienes fue largo tiempo esclavo. Aquellas estan fuertes, este debil. El primer asalto es furioso. Moyses es la virtud que anima. Rompe en fin el pecador por un piélago de dificultades; y aunque en algunos es mas larga la carrera, últimamente logra ver ahogadas todas sus pasiones. Asienta el pie en la orilla opuesta: ¿y qué le sucede? Lo mismo que al Pueblo Hebreo, prorumpir en cánticos de gozo. Siguiendo después el camino de la Tierra de promision, una, ú otra vez salen al paso algunos enemigos; esto es, algunas tentaciones; pero se vencen, como Moyses venció á los Amalecitas, levantando las manos al Cielo, en que se significa la fuerza de la Oracion. Encuéntranse tambien tal vez unas aguas amargas, conviene á saber, las tribulaciones; pero un leño milagrosamente las endulza; porque la Cruz, ó Pasion de el Salvador las suaviza. Y de Mara, ó Marath, lugar que significa amargura, á razon de estas aguas, se hace tránsito á Elim, sitio delicioso, y ameno.

25 Esto es lo que sucede al pecador, fugitivo de el vicio debaxo de el amparo de la Omnipotencia, que nunca falta á quien le solicita; pero es mas de nuestro propósito considerar el estado de la virtud mas cerca de la naturaleza, ó prescindiendo de los extraordinarios auxilios de la Gracia.

§. VI.

26 EL monte excelso de la virtud está formado al revés de todos los demas montes. En los montes materiales son amenas las faldas, y ásperas las cimas: así como se vá subiendo por ellos, se vá disminuyendo la amenidad, y creciendo la aspereza. El monte de la virtud tiene desabrida la falda, y graciosa la

emi-

eminencia. El que quiere arribarle, á los primeros pasos no encuentra sino piedras, espinas, y abrojos: así como se vá adelantando el curso, se vá disminuyendo la aspereza, y se vá descubriendo la amenidad; hasta que en fin en la cumbre no se encuentran sino hermosas flores, regaladas plantas, y cristalinas fuentes.

27 El primer tránsito es sumamente trabajoso, y resbaladizo: *Per insidias iter est, formasque ferarum.* Llámale al recién convertido, desde el mar de el mundo, los cantos de las Sirenas. Atérranle por la parte de el monte los rugidos de los leones. Mira con ternura la llanura de el valle que dexa. Contempla con pavor el ceño de la montaña á que aspira. Libre de la carcel de el pecado, aún lleva en sus pasiones las cadenas, cuya pesadumbre conspira con la arduidad de el camino, para hacer tardo, y congojoso el movimiento. Oye á las espaldas los blandos clamores de los deleites, que le dicen, como á Augustino: ¿Es posible que nos abandonas? *Dimittis ne nos?* ¿Es posible que te despides, y ausentas de nosotros para siempre? *Et à momento isto non erimus tecum ultra in æternum?* No obstante camina afligido un poco, tal vez interrumpiendo el paso algun tropiezo. Ya va hallando menos áspera la senda: ya los clamores de las delicias terrenas hacen menos impresion, porque se oyen de mas lexos. Así lo experimentaba el mismo Augustino: *Et audiebam eas jam longe minus quam dimidiis, veluti à dorso musitantes.* Adelantando algunos pasos mas, ya se va descubriendo algo llano el camino; y aunque una, ú otra vez representa la costumbre antigua, los gozados placeres, y la dificultad de vivir sin ellos, estan lánguidamente, y con tanta tibieza, que no hace fuerza alguna: *Cum diceret mihi consuetudo violenta: putas ne sine istis poteris? Sed jam tepidissime hoc dicebat.*

28 Arriba, en fin, á la parte superior de el monte, donde vé una llanura hermosa, y apacible. El sudor, y lágrimas con que regó la falda, fructifican en la cum-

Tom. I. del Teatro.

C

bre;



bre; y aquí logra en abundantes mieses, quanto acullá cultivó en prolixos afanes. Esto está oculto á los ojos de el mundo; el qual, antes bien al considerarle retirado á lo alto de la montaña, le juzga metido en una arduidad inaccesible. Piensa que aquel hombre no puede tener instante de reposo, imaginando que el sitio que habita es un campo donde batallan con la mayor furia los Elementos, y adonde se arroja con mayor fuerza el rigor de las tempestades. Pero á él le sucede lo mismo que á el que escaló la cumbre de el Olympo, donde se goza siempre sereno el Cielo: donde no se inquieta con la mas leve agitacion el ayre, en tanto grado, que se conservan años enteros los caracteres impresos en las cenizas; donde los nublados se miran siempre debajo, de modo que fulminan en la falda, sin tocar jamas en la eminencia: y entre tanto los que caminan por los valles vecinos, si la noticia, ó la experiencia no los ha desengañado, piensan que aquella cumbre está toda obscurecida de nieblas, y abrasada de rayos (a).

29 Ni mas, ni menos las incomodidades de la vida, las borrascas de la fortuna llueven sobre los que habitan los humildes valles de el mundo; no sobre aquel que ha ascendido al Monte de Dios, y Monte pingüe, como le llama David. Pues qué? la enfermedad, el dolor, la pérdida de hacienda, la persecucion, la igno-

(a) La inalterable serenidad de el Olympo, aunque afirmada, y confirmada por innumerables Escritores, es fabulosa. Boyle en el Tratado *Nova Experimenta Physico-mechanica*, pág. mibi 138, cita á Busbec, Autor fidedigno, Embaxador de Ferdinando Primero á la Porta Othomana, que en una de sus Cartas testifica que el Olympo se ve desde Constantinopla cubierto de nieve. Lo mismo dice Thomas Cornelio haber sido observado por algunos Viageros: añadiendo que algunas cumbres de los Alpes son mas altas que el Olympo, sin que por eso en estas dexen de soplar los vientos, y derramar nieve las nubes. Así la decantada singularidad de que en el Olympo se conservaban de un año á otro las letras estampadas en las cenizas á Cielo descubiertas, debe tenerse por una famosa patraña.

minia, con otras calamidades, no son comunes á los justos con los demas hombres? A esto no se les agrega en particular el silencio, el retiro, la vigilia, la oracion, la disciplina, el ayuno, con otras penalidades? Todo es cierto. Esos son los nublados que se ven de la parte de afuera; pero que no suben á la cumbre del Olympo; esto es, no llegan á turbar la parte superior de la alma.

30 No quiero yo decir que el justo sea insensible. Ese fue exceso de los Estoicos, que en la oficina de la virtud pretendian transformar los hombres en mármoles. Padecen los virtuosos; pero mucho menos que los delinqüentes. A esta desigualdad se añade otra notable; y es, que las molestias que unos, y otros padecen, á los delinqüentes los comprehenden en el todo, á los virtuosos solo en una parte. Distínguense el espíritu de el justo, y el de el pecador, como el elemento de el Ayre, y el de la Tierra. La tierra en todas sus Regiones está expuesta á las injurias de los demas elementos. El Ayre, solo en su porcion inferior, que es el teatro de vapores, y exhalaciones; pues á la que llaman Region superior de el Ayre, no alcanza alguna de las alteraciones sensibles. Siempre se observa allí un tenor igual: siempre se descubre sereno el Cielo, y siempre se goza una aura cristalina, y pura.

#### §. VII.

31 **P**ERO expongamos con mas especificacion las conveniencias temporales de la virtud. Lo que es de mayor momento, si no el todo, en esta parte, es, que en todas aquellas cosas, que esencialmente componen la felicidad temporal, conviene á saber, vida, salud, honra, y hacienda, es muy mejorado el virtuoso, respecto de el que no lo es. La honra nadie ignora que es parto legítimo de la virtud. Por eso los Romanos edificaron unidos los Templos de estas dos dichas, que veneraban como deidades, de modo, que

solo por el Templo de la Virtud se podia entrar al Templo de el Honor. Los mismos que huyen de la práctica de la Virtud, la miran con estimacion, y reverencia. La salud, y larga vida es mas natural, y posible en el virtuoso, por la templanza con que vive, al paso que el vicioso con sus excesos se extraga la salud, y se acorta la vida. La hacienda tiene una gran maestra de economía en la virtud, siendo cierto que se conserva evitando toda superfluidad. Todo lo comprehendió Salomon, quando dixo que el obediente á los divinos mandatos tiene en una mano la larga vida, y en la otra la hacienda, y la honra: *Longitudo dierum in dextera ejus, & in sinistra illius divitiæ, & gloria (a)*. Aun quando no goze otras ventajas el justo sobre el vicioso, ¿no mejora mucho de suerte?

32 Pero otras tiene. La suavidad, y dulzura que al alma ocasiona la buena conciencia, coloca en muy eminente grado la fortuna de los justos sobre la de los pecadores. Es esta una felicidad de poco bulto, pero de mucha monta: una piedra preciosa, que en breves dimensiones encierra grandes quilates. Es la conciencia espejo del alma; y sucede al justo, y al pecador, quando se miran en este espejo, lo que á la hermosa, y á la fea al verse en el cristal: aquella se complace, porque ve perfecciones: esta se entristece, porque no registra sino lunares. Y aun es de peor condicion el delinquente que la fea: porque esta huye de el espejo, si quiere: el pecador no puede. Aunque no se ponga él delante de el espejo, el espejo se pone delante de él, y no puede el entendimiento cerrar los ojos, quando la memoria le presenta las imágenes de sus maldades. En aquel estado el pecado horroriza, y no deleita; porque se fue el gusto, y quedó sola la mancha. Añádesele al pecador en esta coyuntura la triste reflexion de que se pueden descubrir sus infamias, en que le

(a) *Prov. 3. vers. 16.*

asusta ya la inevitable tortura de el rubor, ya la pena que le prescribe la ley. El justo, por el contrario, nada tiene que temer. Si esconde al mundo sus acciones, no es por el miedo de la nota; antes por el riesgo de el aplauso. A solas se las contempla; y si es tan dichoso que todas las halle buenas, recibe aquel purísimo placer, que el Cronista Sagrado aun en Dios pintó como gloria accidental: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, & erant valde bona.*

33 No menor diferencia hay entre el justo, y el pecador, quando, ó enojada la fortuna esgrime sus reveses, ó severo el Cielo reparte tribulaciones. Pierde el pecador la hacienda, muéresele la persona amada, recibe una injuria de sugeto con quien la venganza le es imposible. ¿Qué consuelo tiene? Ninguno. Rabia, se enfurece, arde, no come, no bebe, no reposa; y son peores los symptomas que el mal: tan crueles tal vez, que le postran en la cama, y quitan la vida; y tal vez tan feroces, que para quitársela usan de sus propias manos. Pero el justo, constituido en el mismo accidente, lo primero que hace es levantar los ojos al Cielo; y ya contempla la tribulacion como castigo de la culpa, ya como exercicio de la paciencia: sabe que de todos modos es beneficio: sabe que el golpe viene de mano amante; y sabe que para su bien propio le hierre. No solo se conforma, mas se lo estima. Y veis aquí con una admirable metamórfosis convertido el pesar en placer. De este modo, lo que para el impío es ponzoña, para el justo es triaca: porque *diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*

## §. VIII.

34 ¿Quién ya, á vista de todo lo que hemos ponderado en este capítulo, no se dará por convencido de que aun en esta vida es incomparablemente mejor la suerte de el justo que la de el vicioso? Que aun el descanso, y conveniencia temporal